

TEMAS

Publicación quincenal de espiritualidad y difusión de la doctrina pontificia

AÑO 1 - N.º 8

NOVIEMBRE 19 DE 1972

LA PALABRA DEL PAPA

LA FIDELIDAD, COMPROMISO MORAL FUNDAMENTAL; LA DIFUSION DE LA FE, UN APOSTOLADO ACTIVO Y ASOCIADO

LITURGIA

LA PRESENCIA DE CRISTO: EJE Y CENTRO DE LA LITURGIA

LA IGLESIA HOY

LA ULTIMA PALABRA ES... ESPERANZA

DOCUMENTOS

PRIMERA PARTE DEL DIRECTORIO CATEQUISTICO OFICIAL DE LA SANTA SEDE: UN ANALISIS DE SITUACION

Calendario litúrgico y lecciones de la Misa

NOVIEMBRE

- 19 DOM. XXXIII: Proverbios (31, 10-13, 19-20, 30-31); Salmo 127;
S. Mateo (25, 14-30)
- 20 L. Apocalipsis 1, 1-4; 2, 1-15; Salmo 1, 1-6; Lucas 18, 35-43
- 21 M. Presentación de la Virgen María. Apocalipsis 3, 1-6; Salmo 14, 2-5;
Lucas 19, 1-10
- 22 Mi. S. Cecilia virg. y márt. Apocalipsis 4, 1-11; Salmo 150, 1-16;
Lucas 19, 11-28
- 23 J. S. Clemente papa márt. o S. Columbano ab. Apocalipsis 5, 1-10;
Salmo 149, 1-9; Lucas 19, 41-44
- 24 V. Apocalipsis 10, 8-11; Salmo 118, 14-24; Lucas 19, 45-48
- 25 S. S. María en sábado. Apocalipsis 11, 4-12; Salmo 143, 1-10; Lucas 20, 27-40
- 26 DOM: CRISTO REY. Solemnidad. Ezequiel (34, 11-12, 15-17); Salmo 22;
S. Mateo (25, 31-46)
- 27 L. Apocalipsis 14, 1-5; Salmo 23, 1-4; Lucas 21, 1-4
- 28 M. Apocalipsis 14, 14-19; Salmo 95, 10-13; Lucas 21, 5-11
- 29 Mi. Apocalipsis 15, 1-4; Salmo 97, 1-9; Lucas 21, 12-19
- 30 J. S. Andrés ap. Romanos 10, 9-18; Salmo 18, 2-5; Lucas 4, 18-22

DICIEMBRE

- 1 V. Apocalipsis 20, 1-4; Salmo 83, 3-8; Lucas 21, 29-33
- 2 S. S. María en Sábado. Apocalipsis 22, 1-7; Salmo 94, 1-7; Lucas 21, 34-36

TEMAS

Publicación bi-mensual de
espiritualidad y difusión de
la doctrina pontificia.

MONTEVIDEO, 19 DE NOVIEMBRE DE 1972

AÑO 1 - Nº 8

Directores: Carlos A. Casares Sierra y Eduardo Navia Sierra

Publicación editada por IMPRESORA REX S. A. Calle Gaboto 1525,
Teléfonos: 4 88 62 - 49 00 48

Matrícula Nº 1957 (Ministerio de Industria y Comercio - Dirección de Industrias)
Depósito legal Nº 30439/72

"Precio de venta al público sujeto a modificación de acuerdo a la Ley Nº 13.720
de 16 de diciembre de 1968" (COPRIN), \$ 150.— el ejemplar.

La Fidelidad, un compromiso Moral fundamental

En sus dos alocuciones anteriores —como recordará el lector— el Papa abordó el tema de la Fe, como una primera y prioritaria necesidad de la Iglesia. Reforzar la Fe; tal era el tema subrayado por el Pontífice. Ahora, en las palabras pronunciadas en la audiencia general del miércoles 11 de octubre, Pablo VI se refiere a la fidelidad, un compromiso moral que se deriva de la adhesión a la Fe. Estas son sus palabras.

“Nos andamos preguntando qué está necesitando, sobre todo hoy, la Iglesia; y respondemos: la fe, es decir, la adhesión a la palabra de Dios, a la revelación divina que tiene en Cristo su punto focal y en la Iglesia su custodia, su testimonio, su interpretación.

La exposición no sería completa si omitimos el añadir que de la adhesión a la fe se deriva un compromiso moral fundamental, un deber general y primario que es la fidelidad. Por algo un cristiano se define un fiel. Va incluido en este término un significado doble: primero, de firmeza, de estabilidad, de fortaleza, y, segundo, de coherencia, de seguimiento, de acción; por tanto, estático, uno, y dinámico, otro.

Es fácil derivar este concepto de fidelidad del concepto de palabra

dada, de pacto, de alianza; la alianza que Dios se ha dignado establecer con el hombre, además de la relación ontológica resultante del hecho de que el hombre es creatura de Dios, nos remite al Antiguo Testamento, al pacto, a la relación religiosa ofrecida por Dios, revelándose al hombre y provocando en él una respuesta; estamos en la fe de Abraham, sobre la cual se instaura la religión sobrenatural que se perfecciona en Cristo que, a su vez, instituye la nueva alianza, el Nuevo Testamento (cf. Mt 26, 28; I Cor 11, 25), fundado, no menos que el Antiguo, en la fe, y consumado en la infusión del Espíritu Santo. En una y otra economía religiosa, la antigua y la nueva, entra el concepto de compromiso bilateral, del cual emana, por parte de Dios,

una fidelidad que no se retracta jamás (cf. Rom 11. 29), mientras que, por parte del hombre, surge una fidelidad que debería ser igualmente inmovible, pero que con frecuencia, por desgracia, pone de manifiesto la debilidad moral de la naturaleza humana, herida, para colmo, por el pecado original.

El hombre puede ser, y a menudo lo es, inobservante del pacto, un aliado infiel, mientras que para nosotros, cristianos, esa exigencia de fidelidad, como es sabido, ha sido contraída en el bautismo, y confirmada con todo encuentro con Dios, en especial con los sacramentos.

Gran acontecimiento es para cada uno de nosotros el bautismo que eleva nuestro pequeño ser de creaturas manchadas a la nueva condición de hijos de Dios, asociados, en cierta medida, a su misma naturaleza (cf. II Pe 1, 4), autorizados, por tanto, a llamarle "Padre nuestro" (Mt 6, 9). Así, finalmente, Dios se ha revelado Amor (I Jn 4, 16). Y el amor exige fidelidad. Tanto, que la Iglesia, o sea, la humanidad inmersa en la economía evangélica del amor instaurada por Cristo, está calificada en la Sagrada Escritura, de esposa de Cristo, precisamente a causa de la fidelidad virginal y fecunda que la une a El (cf. Ef 5, 25-27; Ap 19, 7; 21, 2 y 9; 22, 17; *Lumen gentium*,

6 y 64), y que Cristo mismo, como lo atestigua el evangelista Juan, reclama con conmovedora insistencia: "perseverad en mi amor" (Jn 15, 4, 5, 6, 7, 9, 10...).

FIDELIDAD Y CAMBIO

Ahora bien, la fidelidad no es la virtud de nuestro tiempo, donde todo es embestido por un torbellino de cambios, que pueden también estar conformes con el pensamiento de Dios, el cual llama al hombre al desarrollo, al progreso, a la novedad, a la perfección; pero cambios que hoy son canonizados frecuentemente por sí mismos en el sector de la mentalidad profana por el solo hecho de ser cambios, y son ansiados y promovidos como si fuesen la esperanza y el éxito de la vida; hasta el punto de ser considerados como liberación y victoria el apartamiento radical de la tradición, y método normal de crecimiento personal y social la revolución. He ahí por qué la Iglesia, depositaria de valores eternos y siempre operantes, siente, más que nunca, la necesidad de la fidelidad a estos mismos valores, y sufre mucho por la ligereza y por la infidelidad de tantos de sus hijos, de los predilectos especialmente, de quienes están vinculados con deberes cualificados de fidelidad.

LA FE, FUENTE DE VIDA CRISTIANA

Como dijimos en otra ocasión, tales valores permanentes tienen la función de raíz, de manantial, que no paralizan el crecimiento progresivo de la vitalidad humana, tanto del individuo singular como de la comunidad, sino que lo alimentan, lo hacen posible, lo exigen. La fidelidad es razón de vida; no es pereza, no es cadena que frena los ímpetus del ingenio y del amor. Pero, cuando consiste, como decíamos, en la adhesión a nuestro *credo*, que no envejece ni se agota jamás, le abre el sendero en el orden siempre positivo, fuerte y feliz.

La fidelidad, ciertamente, proviene de la fe, la cual tiene que convertirse en principio operativo del cristiano. Recordemos la palabra de san Pablo, que es el quicio de su doctrina: "el justo vive *de la fe*" (Gal. 3, 11; Heb 10, 38; Rom 1, 17); fijaos: dice *de la fe*, no simplemente *con la fe*. Es decir, el justo, el cristiano auténtico, recaba de la fe la razón y norma de su vivir, y no se adhiere únicamente a la fe como a simple traje exterior, más o menos cualificativo o decorativo, de su existencia.

De esta coherencia entre la fe y la vida, entre el pensamiento cristiano y la acción práctica, entre la firmeza y la fecundidad de los principios tomados del Evangelio y la orientación lineal de la conducta, es decir, de la fidelidad cristiana, surgen muchas cosas buenas y generosas que necesita hoy particularmente la Iglesia, y con ella todos sus hijos: comenzando por la inmunidad y la sabiduría crítica respecto de la sugestión y la seducción de las corrientes erróneas de pensamiento y de conducta que hoy se difunden, es decir, con respecto a los conformismos ilógicos, pero, útiles, de precarios éxitos; y llegando luego a la verdadera libertad interior de los hombres seguros de su conciencia y de su carácter, y así mismo al valor del testimonio militante y misionero, a la constancia y al gusto de la lealtad a Cristo y a la comunidad en el generoso y sufrido cumplimiento de las propias promesas hechas al amor siempre urgente de Cristo (cf. II Cor 5, 14).

Que nuestra bendición apostólica renueve en cada uno de vosotros el sentido de esta implacable urgencia.

La difusión de la Fe: Apostolado activo y asociado

En la audiencia general del 18 de octubre, el Santo Padre continuó, a través de sus palabras, insistiendo en el capital problema de la Fe, y en su consecuencia natural, la trasmisión de esa Fe por medio del apostolado. Estas son las palabras pronunciadas en la ocasión por Pablo VI:

“Este encuentro con vosotros, queridísimos hijos, nos ofrece, una vez más, la ocasión de abrir nuestro corazón a las necesidades de la Iglesia. ¿De qué otro pensamiento puede estar lleno el corazón del Papa, sino de aquél relativo a las necesidades de nuestra santa Iglesia? Dos clases de motivos nos instan a esta insistente y primordial consideración: el primero es de orden teológico y se refiere al fin por el que la Iglesia fue instituida; el otro es de orden sociológico-histórico y proviene de la visión sobre la condición religiosa y moral de nuestro tiempo; ambos denuncian la fundamental necesidad de la difusión de la fe.

LA VOCACION CRISTIANA ES TAMBIEN VOCACION AL APOSTOLADO

Escuchemos el Concilio: “La Iglesia ha nacido con este fin: propagar el reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre, y hacer así a todos los hombres partícipes de la redención salvadora y por medio de ellos ordenar realmente todo el universo hacia Cristo. Cualquier esfuerzo del Cuerpo místico dirigido a este fin se llama apostolado, que la Iglesia ejerce por obra de todos sus miembros, aunque de diversas maneras; ya que la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado” (*Apostolicam actuositatem*, 2).

Sí, el apostolado es una de las necesidades esenciales y primarias de la Iglesia; y hoy, más que nunca. En primer lugar, porque siempre ha sido así. Las palabras conclusivas del Evangelio no dejan de resonar,

en el curso de los siglos, en cuantos tienen la suerte, como cristianos, de acoger su eco todavía hoy sonoro e imperativo: "id y enseñad a todas las gentes"... (Mt 28, 19). En segundo lugar, porque el desarrollo histórico de la humanidad demuestra con evidencia dramática, a quien sabe captarlo, el ardiente afán del espíritu humano empeñado a veces hasta el fanatismo en apagar todo sentimiento religioso (estamos en la época del secularismo y del ateísmo, antirreligioso, anticristiano y anticlerical), y luego atormentado por la carencia y el hambre, que se producen en el mismo espíritu humano, del único alimento que le ayuda a vivir en plenitud, la fe en la palabra de Dios (cf. Mt 3, 4).

Decimos sencillamente: el hombre, hoy más que nunca, y precisamente en función de su progreso, lo sepa o no, tiene hambre de Cristo. Y entonces nos preguntamos: ¿quién puede, y cómo, proporcionar al hombre de nuestro tiempo el contacto vital con Cristo?

EL MENSAJERO DEL EVANGELIO

Aquí se plantea, como el descubrimiento de una clave explicativa del plan divino sobre la salvación del mundo, la necesidad de un intermediario humano entre Dios, Cristo, y el Evangelio, por una parte, y el hombre, a quien hay que salvar, por la otra. La gran economía religiosa de la salvación supone y exige una red intermediaria, un ministerio, una transmisión organizada y autorizada de hombre a hombre. El *kerygma*, es decir, el mensaje evangélico exige un mensajero, exige un apóstol, un enviado, un misionero.

La comunicación de Dios al hombre puede ser directa: el Espíritu de Dios puede difundirse sin medio alguno; pero no es éste el modo ordinario escogido por Dios para revelar el reino sobrenatural que El ofrece como un convite (cf. Lc 14, 16; Mt 22, 2) a cada uno de los hombres y a la entera humanidad. El hecho religioso permanece, sí, en su esencia un hecho interior y personal, pero, de ordinario, tiene necesidad de ser provocado con un estímulo externo; más aún, para el hecho religioso sobrenatural, que es el más verdadero y real, se requiere un servicio cualificado, un anuncio auténtico, un magisterio autorizado (cf. Rom 10, 14 ss.). La fe no nace sola, es fruto de una transmisión, de un apostolado.

LA IGLÉSIA ENTERA ES APOSTOLICA, MISIONERA

Y llegamos así al estudio del apostolado. A base de este tema se desarrolla la historia de la vida pública de Jesús: escoge entre sus discí-

pulos a algunos nominalmente, que luego llamará apóstoles (Lc 6, 13), y los enviará por doquier a anunciar el reino de Dios (cf. Mt 10). La misión llegará a ser específica y permanente, pastoral y jerárquica (cf. Jn 21, 15 ss.). Así nace y así se estructura, aún hoy, la Iglesia. Más, la Iglesia misma, en su conjunto, es apostólica, es misionera: es el instrumento, es el vehículo, el órgano histórico y social, sacramento, es decir, signo y causa de la doble unión sobrenatural del hombre con Dios, y de los hombres entre sí (*Lumen gentium*, 1).

Prestemos atención. La aplicación del término "apostolado" se ha ido dilatando y extendiendo hasta cubrir todo el área de la Iglesia: si ésta precisamente por su misma existencia, es apostólica, todos sus miembros son apóstoles. No, ciertamente, por la investidura que confiere deberes, funciones, poderes y carismas especiales al sacerdocio, sino por vía de comunión y participación, todo cristiano es apóstol, defensor de la fe, por derecho y por deber, aunque no lo sea de hecho.

APOSTOLADO ACTIVO Y ASOCIADO

Por lo demás, es fácil comprender esta exigencia religiosa, que trasciende los límites personales, con una semejanza que podríamos tomar de la liturgia: enciende una lámpara; su luz se difunde, por el hecho mismo de encenderse. Lo mismo el cristiano; es un hombre en quien se ha encendido la fe: si es creyente, es por eso mismo un difusor de su propia luz, de su propia fe. Lo será por el hecho de que pertenece y se declara miembro de la comunión cristiana, y luego, de la comunidad de los fieles, de la Iglesia. Pertenecer a la Iglesia con abierta sencillez, con una cierta valentía, si hace falta, es ya un buen apostolado.

Luego, si el ejemplo de una coherente vida cristiana confirma la calificación de creyente y de fiel, el ejercicio del apostolado aumenta en eficacia y en mérito.

Y ahora ya nos encontramos en un escalón superior al cual ha llegado la conciencia de la Iglesia de hoy, especialmente después del Concilio; todo católico debe ser un apóstol de forma activa, y también, si es posible —siempre libremente—, de forma asociada.

Todos recordáis que el Concilio ha dedicado algunos de sus más característicos documentos al apostolado accesible —más aún, recomendado a todos—, a los ministros de la Iglesia, a los consagrados, a los laicos (cf. los Decretos *Apostolicam actuositatem*, *Ad gentes*, *Unitatis redintegratio*, *Inter mirifica*, etc.). Es esa la lección de renovación que todos debemos escuchar.

Un cristiano, si es de veras católico, ha de ser hoy un apóstol: con la oración, con el ejemplo, con la obediencia, con el sufrimiento, con la acción, con la disciplina, con la organización. Un estado de tensión en el esfuerzo para difundir la fe es el deber de todo miembro del Cuerpo místico de Cristo en esta hora crítica y decisiva, grande y propicia. ¿Por qué, en cambio, tanta atonía?, ¿tanta disminución de vocaciones?, ¿tanta dispersión de fuerzas en actividades particulares y efímeras?, ¿tanta supina aquiescencia a la moda de la contestación?, ¿tanto interés en el capricho de las divisiones y de las rivalidades, incluso entre muchos que actúan en instituciones inspiradas por sentimientos cristianos?, ¿tanta apología de un pluralismo que va más lejos de la legítima libertad promovida por la misma única fe, y que alimenta la crítica, la duda, la desobediencia? Que no sea ésta nuestra actitud.

La próxima "Jornada de las Misiones" debe ser, por tanto, para todos, más que nada, un llamamiento al deber de la cooperación filial y fraterna para la difusión de la fe, en la concordia, en el sacrificio, en la fascinante visión escatológica del reino de Dios.

Con nuestra bendición apostólica."

Por las ciudades

Las ciudades presentan necesidades que no se pueden resolver aisladas. ¿es que hemos esperado de ellas demasiado y contribuido tan poco, Señor? Impúlsanos a renovar como tu renuevas la tierra en primavera para que las familias puedan tener domicilio decente y los pobres vean realizarse sus esperanzas y los enfermos y los ancianos sean tratados como personas. Que nuestras ciudades se llenen de amor en hogares de verdad y no en meros edificios.

Amén.

La presencia de Cristo: Eje y Centro de la Liturgia

En el presente artículo —concatenado naturalmente con los que le antecedieron y con los que le sucederán— continuamos analizando y comentando el riquísimo texto de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, del Concilio Ecuménico Vaticano II.

Artº 7. “Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: **Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.** (Mateo 18, 20).

Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno.

Con razón, pues, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella, los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro.

En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia”.

Si la Iglesia es enviada por Cristo para continuar la obra de salvación así como Cristo fue enviado por el Padre para cumplirla, no se sigue de esto que ella ejecute esta misión independientemente de Cristo o fuera de El, como tampoco Cristo, “salido” del Padre no se había separado de El. Este artículo pone en claro la presencia de Cristo en toda acción litúrgica. Lo hace tomando las afirmaciones bien conocidas que se encuentran en San Agustín, en el Capítulo del Concilio de Trento sobre la Eucaristía, en las encíclicas *Mystici Corporis* y *Mediator*

Dei. Con todo, el artículo es original, no sólo por haberlas reunido, hay que advertir todo lo que aporta de nuevo.

a. **Sobre todo en la acción litúrgica** Cristo asiste a su Iglesia.

b. El está presente en el sacrificio de la Misa pero su presencia en la **persona del ministro** se pone antes que su presencia en las sagradas especies: ésta es evidentemente la más importante (máxime) pero no deja de ser un efecto de aquella.

c. Si está presente con su fuerza en los sacramentos, lo está en un grado de presencia inferior a aquella que se da en la eucaristía, pero es mucho más que una presencia "virtual". Habría que decir una presencia activa, dinámica—diferente de la presencia substancial y estable realizada por la consagración eucarística— a tal punto que cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza: "los sacramentos son actos de Cristo".

d. El artículo afirma la presencia real, actual, personal de Cristo cuando se proclama en la Iglesia la palabra de Dios: es **El quien habla**.

e. Finalmente, Mateo 18, 20, apoya la presencia de Cristo en la asamblea.

Pero, como se podría deducir que es la Iglesia la que, al obrar litúrgicamente, obliga de alguna manera a Cristo a intervenir, el segundo párrafo del artículo restablece el orden de las cosas: es Cristo quien obra el primero, y **asocia siempre consigo a la Iglesia**. Encontraremos nuevamente este principio muy importante y muy fecundo con motivo del oficio divino (art. 83). El, se la asocia como a su **Esposa muy querida**, pero esta Esposa le permanece subordinada: **ella lo invoca como su Señor** y no podría presentar el culto al Padre Eterno, sin pasar por El.

El artículo concluye con una magnífica definición de la liturgia **ejercicio del sacerdocio de Jesucristo**. Según la dualidad, ya con frecuencia indicada, esta función sacerdotal es doble: **santificación del hombre y culto público integral... ejercitado por el Cuerpo Místico**. La afirmación de que en la liturgia los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre es nueva, y contribuye a dar a los sacramentos un rango importante en el organismo litúrgico. Se encuentra allí en pocas palabras una excelente doctrina sacramentaria, puesto que esta frase señala que los sacramentos son primero signos, resultando por este motivo radicalmente diversos, ya en su significación, ya en su eficacia.

En esta misma frase, están implícitos también dos principios fundamentales de la pastoral litúrgica: el carácter "significativo" o "significador" de la liturgia; el hecho que en ella el **culto público integral sea ejercitado...** por la Cabeza y por sus miembros. De allí se sigue que los fieles tienen el derecho y el deber de participar en la liturgia (art. 14), y que esta participación activa debe ser **consciente**: los signos dejan de ser signos si no llegan al conocimiento; lo que exige la formación litúrgica de los fieles. Y esta participación debe ser **fácil**: los signos deben poder captarse por sí mismos, lo que exige la restauración litúrgica.

Dado que la liturgia es de este modo la obra inseparable de Cristo y de la Iglesia, la celebración litúrgica goza entre todas las acciones de la Iglesia de una primacía evidente e inigualable.

El nuevo ritual del Bautismo de los niños

El presente artículo tiende a esclarecer y precisar aún más, las normas que rigen para la administración del Bautismo a los niños. Se expone, pues, aquí, el nuevo ritual, con algunas explicaciones sin duda necesarias.

La Constitución conciliar sobre la liturgia establece:

1. Que el rito del bautismo de los niños "se adapte a su condición real" y que se ponga más de relieve el lugar y los deberes de los padres y padrinos" (art. 67).
2. Que se prevean ciertas adaptaciones para ser aplicadas, a juicio de los obispos, "en caso de gran número de personas que se bautizan".
3. Que se componga un rito más breve para ser usado "especialmente por los catequistas en tierras de misión y en general, en peligro de muerte, por los fieles, cuando falte el sacerdote o un diácono" (art. 68).

Siguiendo estas indicaciones, en el nuevo rito los niños no son interrogados como si debieran o pudieran contestar: sin embargo, la palabra se dirige a ellos en ciertos momentos.

Se pone de relieve el papel de los padres y de los padrinos, recordando sus deberes no sólo en la homilía sino también en los interrogatorios, en las admoniciones y en la plegaria universal.

Los padres tienen una parte más activa que antes: presentar a sus hijos a la fuente bautismal, les hacen la

señal de la cruz en la frente después del celebrante, hacen las "renuncias" y la profesión de fe, reciben a sus hijos de la fuente y sostienen el cirio. De esta manera el rito supone y favorece la presencia del padre y de la madre.

Ciertamente, para que los padres sean conscientes de sus atribuciones es indispensable una metódica, insistente y sabia catequesis.

Los padrinos toman parte en las renuncias, en la profesión de fe, en la imposición del velo blanco al bautizado, y hacen las partes de los padres cuando éstos no están.

Se prefiere la celebración común del bautismo a la privada. Además de los parientes, de los amigos y vecinos, no debería faltar la presencia de una representación de la comunidad parroquial, a la que se invita a escuchar las lecturas de la Palabra de Dios y la homilía y a participar en la plegaria común; corrobora además la profesión de fe, que se canta o aclama.

La celebración sería mucho más viva si los puntos salientes del rito fueran subrayados por el canto apropiado y bien preparado de toda la asamblea, como ya sucede en algunas partes.

En las comunidades parroquiales pequeñas el bautismo se puede conferir el domingo, día del Señor, incluyéndolo en la celebración de la misa.

El bautismo es el sacramento de la fe. En efecto, los niños son bautizados "infide Ecclesiae" y por eso tienen mucha importancia los interrogatorios de los padres y de los padrinos, sus "renuncias", la profesión de fe y la celebración de la Palabra de Dios.

Las perícopas evangélicas han sido elegidas de modo que hablen del bautismo y de la fe. De este modo se favorece la fe verdadera y activa, con la que todos, adhiriéndose a Cristo y a sus promesas y agregando la obediencia a los mandamientos, confirman, por sí y por sus hijos, el nuevo pacto de fidelidad con las tres divinas Personas.

Ahora bien, es necesario que esta fe sea viva en los adultos presentes, especialmente en los padres o, en su ausencia, en los padrinos, porque en esta fe está basada la responsabilidad de los padres, de los padrinos y de toda la comunidad sobre la futura educación y perseverancia en la fe de los niños que se bautizan.

El bautismo, misterio pascual

El nuevo ritual quiere ilustrar mejor el carácter pascual del bautismo. El bautismo deriva del misterio pascual, de manera especial (Rom 6, 3-4). La muerte mística y la resurrección de los bautizados, están significadas oportunamente en la bendición del agua bautismal, en las oraciones de los exorcismos y en la "oratio universalis". La inserción en Cristo está bien expresada en la unción crismal. La alegría

y la esperanza pascual se manifiestan ampliamente en los cantos y en el uso del cirio pascual. Por estos mismos motivos se recomienda que el bautismo de los niños se haga el domingo, día en que la iglesia celebra el misterio pascual.

El nuevo rito hace ver mejor el bautismo como un momento de la agregación al pueblo de Dios, con efectos para el tiempo presente y para la esperanza escatológica. Este significado, al que se hace referencia ya en el rito inicial, está claramente expresado en la fórmula de la unción crismal, que muestra abiertamente que el niño, con el bautismo se hace miembro del pueblo sacerdotal, profético y real. Lo dicen claramente las perícopas del Nuevo Testamento elegidas para la celebración de la Palabra (Jn 15, 1-11; 1 Cor 12, 12-13; Gal 3, 26-28; Pe 2, 4-5). El mismo concepto se expresa en la "oratio universalis". Por eso se aconseja celebración comunitaria y la participación real, al menos representativa, de la comunidad parroquial.

Finalmente, no falta una oportuna armonización del bautismo con los otros sacramentos de la iniciación cristiana —confirmación y eucaristía— que es más evidente en la conclusión del rito.

Lugar del bautismo

Debe preferirse la iglesia parroquial a cualquier otra, para que se vea claramente que el bautismo es el sacramento de la fe de la Iglesia y de la agregación al pueblo de Dios.

(De A. Bugnini. Extractado del Observador Romano 836).

EVANGELIO (Domingo 19 de noviembre)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: "El Reino de los Cielos es como un hombre que, al salir de viaje, llamó a sus servidores y les confió sus bienes.

A uno le dió cinco talentos, a otro dos, y uno solo a un tercero: a cada uno según su capacidad; y después partió. En seguida el que había recibido cinco talentos, negoció con ellos y ganó otros cinco. De la misma manera, el que recibió dos, ganó otros dos, pero el que recibió sólo uno, hizo un pozo y enterró el dinero del Señor.

Después de un largo tiempo, llegó el Señor y arregló las cuentas con los servidores. El que había recibido los cinco talentos se adelantó y le presentó otros cinco. "Señor, le dijo, me has confiado cinco talentos: aquí están los otros cinco que he ganado".

"Está bien, servidor bueno y fiel, le dijo el señor, ya que respondiste fielmente en lo poco te encargaré de mucho más: entra a participar del gozo de tu señor". Llegó luego el que había recibido dos talentos y le dijo: "Señor me has confiado dos talentos: aquí están los otros dos que he ganado". "Está bien, servidor bueno y fiel, ya que respondiste fielmente en lo poco, te encargaré de mucho más: entra a participar del gozo de tu señor".

Luego entró el que había recibido un solo talento: "Señor, le dijo, sé que eres un hombre exigente; cosechas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido. Por eso tuve miedo y fui a enterrar tu talento: aquí tienes lo tuyo". Pero el señor le respondió:

"Servidor malo y perezoso, si sabías que cosecho donde no he sembrado, y recojo donde no he esparcido, tendrías que haber colocado el dinero en préstamo y así a mi regreso, lo hubiera recuperado con interés. Quitadle el talento para dárselo al que tiene diez, porque a quien tiene, se le dará y tendrá más, pero al que tiene poco, se le quitará aún lo poco que tiene. Echad afuera, a las tinieblas, a este servidor inútil; allí habrá llantos y rechinar de dientes". Palabra de Dios. (S. Mateo, 25, 14-30).

LA VERDADERA VIDA

Convendrá advertir antes que nada que no parece estar en las intenciones de Jesús darnos una enseñanza formal y directa sobre el trabajo.

La alegoría de los Talentos, pretende con toda evidencia, igual que las parábolas del administrador y de las diez vírgenes, inducirnos con apremio a la fidelidad y a la vigilancia. En el dueño viajero fácilmente

descubrimos al Señor Jesús que retornará al filo de los tiempos para juzgar a todos los hombres y retribuir a cada cual de acuerdo a sus méritos y a sus obras. Mientras que los talentos, sea cual fuere su número, señalan los dones recibidos de Dios ya sea en el orden natural como en el orden sobrenatural. Luego de mencionar ese carácter escatológico de la presente parábola, habremos de limitarnos en este breve comentario a una de las enseñanzas que de ella se desprende; es decir, a la obligación de llevar a su máximo desarrollo con diligente actividad todas las potencias que el Señor nos ha confiado, reservándose sin embargo, su dominio y el derecho de convocarnos para la rendición de cuentas. Demasiado lo sabemos: el hombre, empobrecido por el egoísmo, corre el tremendo riesgo de estropear con una conducta parasitaria los años que se le han dado para transitar por este mundo, no en procura de satisfacciones personales y por lo mismo estériles, sino de un trabajo útil y noble en beneficio de la humanidad.

Ello significaría —utilizando las palabras de Cristo—, defender y enriquecer la vida utilizándola y consagrándola a un objetivo superior bajo el control de la disciplina evangélica, establecida para corregir nuestras inclinaciones egoístas por Aquel que ha asumido la dirección de nuestra vida, para iniciarnos en ella, para hacerla generosa y fecunda en el máximo grado de intensidad y de rendimiento. Se trata, pues, de aplicar el hombro a una tarea colectiva, en la cual el trabajo del hombre se confunde con la obra de la Creación y de la Redención, en calidad de Colaboradores con Dios. Así reafirmada la nobleza del trabajo humano que fecunda nuestra vida, Cristo sale al paso de las deformaciones que las concepciones materialistas del universo han introducido en la noble ley del trabajo, inherente a nuestra condición de hombres. Creados y dotados de un instrumento adecuado para el desempeño de una tarea, Dios nos asocia a su programa de acción, debiendo completar la obra de sus manos, dejada voluntariamente inconclusa. Y si el delito original dificultó y amargó nuestra tarea, en ninguna manera la borró. Nuestra vida sigue siendo, —no “un sombrío accidente entre dos extremos infinitos”—, y sí un maravilloso invento de la sabiduría divina. No somos los olvidados o los descuidados de este nuestro planeta. El Gran Dueño de este mundo no se ha ausentado como el personaje de la parábola; aunque invisible, está con nosotros; y preside y dirige la gran empresa de la Creación.

A cada uno de nosotros confía una determinada función, para que nos inscribamos en el contexto de la creación y de la familia humana para contribuir a la vida y a la felicidad de todos los que caminan en

vacilante peregrinación hacia su destino divino. Nuestras condiciones, así como los talentos que poseemos, nos señalan cuales son nuestros deberes personales; y el caudal de bienes recibidos determina la medida de nuestras responsabilidades. Siempre andaremos cortos y escasos cuando queramos hacer el balance y el recuento de las virtualidades contenidas en la vida de un solo hombre, que quedaron sepultadas e inutilizadas, y que, debidamente desarrolladas, estaban destinadas a enriquecer la familia humana.

¡Qué espectáculo desolador se extiende ante nuestros ojos de tesoros sepultados, de planes y programas abandonados, de vidas inútiles!

¿A qué atribuir semejante despilfarro? Sin duda ninguna a un error de cálculo; abandonamos nuestras tareas por ilusiones imposibles, por lamentos estériles, por cobardes evasiones, por egoísmos fatales, por temores irracionales. Abandonamos la actividad, manantial de vida, y nos condenamos a un estancamiento que presagia muerte. Para quien quiera desembocar en la posesión gozosa de bienes superiores, para quien quiera encontrar la vida multiplicada y transfigurada, la alternativa es, pues, clara e ineludible: agotar sus fuerzas en un trabajo fecundo. Entonces Dios pronunciará las palabras judiciales: "Servidor bueno y fiel, que pusiste buena cara al trabajo, que soportaste la impertinencia de cada día, que aceptaste la cuota diaria de calor y frío, de hoy en adelante tu vida se deslizará en la dicha de tu Señor".

Por los obreros

Tu Hijo, Padre,
fué carpintero.
Pero hay gente que desprecia
a quienes trabajan con sus manos.
Inspira a los que trabajan en oficinas y fábricas
en granjas y con máquinas
a poner su corazón en lo que hacen
a enorgullecerse de su valer
y de los productos de su esfuerzo.
No podrían tener mejor ejemplo que en Ti.

Amén.

EVANGELIO (Domingo 26 de noviembre)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando el Hijo del Hombre llegue a su gloria rodeado de todos los ángeles, se sentará en su trono como Rey glorioso.

Todas las naciones serán reunidas en su presencia, y él separará a unos de otros como el pastor separa las ovejas de los machos cabríos y pondrá a aquéllas a su derecha y a éstos a su izquierda.

Entonces el Rey dirá a los que tenga a su derecha: ¡Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; estaba de paso y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver".

Los buenos le responderán: "Señor, cuando te vimos hambriento y te dimos de comer; sediento, y te dimos de beber!

¿Cuándo te vimos de paso y te alojamos; desnudo, y te vestimos?

¿Cuándo te vimos enfermo o preso y te fuimos a ver?

Y el Rey responderá: "les aseguro que en la medida que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo".

Luego dirá a los de la izquierda: "Aléjense de mí, malditos; vayan al fuego eterno que fue preparado para el Demonio y sus ángeles, porque tuve hambre y no me dieron de comer; tuve sed y no me dieron de beber; estaba de paso y no me alojaron; desnudo, y no me vistieron; enfermo, y preso y no me visitaron".

Estos a su vez le preguntarán: "Señor, cuándo te vimos hambriento o sediento, de paso o desnudo, enfermo o preso y no te hemos socorrido?".

Y él les responderá: "Les aseguro que en la medida que no lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron conmigo".

Estos irán al castigo eterno, y los buenos, a la Vida eterna".
Palabra de Dios. (S. Mateo, 25, 31-46).

...A MI ME LO HICISTEIS

La naturaleza y grandeza de Cristo, la genialidad de su obra, la norma suprema de conducta para los hombres, la clara visión de nuestro destino futuro e inmutable hállanse descritas en esta página soberbia del primer Evangelio. La prerrogativa de juez soberano de todas las criaturas constituía para los Doctores judíos atributo exclusivo de Dios, que ni al mismo Mesías le podía conferir. Cuando Cristo se declara

abiertamente juez, asumiendo repetidas veces este rol majestuoso e imponente ante su auditorio, y por última vez ante Caifás y todo el Sanedrín, lo hace con la plena conciencia de lo desconcertante de sus afirmaciones. Al terminar su gran discurso sobre las postrimerías de su patria, él mismo se erige en personaje central del más majestuoso cuadro, de la más impresionante visión que se pueda imaginar: la del Juicio final. Al ocurrir la definición de los destinos humanos, aparecerá el Hijo del Hombre, montado sobre las nubes del firmamento, en demostración de poderío y de gloria.

En vísperas de morir, sentado frente al Templo, Cristo se esfuerza por iluminar y reanimar a los discípulos que lo rodean, descubriéndoles la gran obra de la redención y enseñándoles sus deberes para con el Reino de Dios que se aproxima, y que ya está entre ellos. Su pensamiento se traslada del presente al porvenir, del porvenir inmediato al extremo futuro, de la tierra de Judea a la humanidad entera, del mundo pasajero a la eternidad, en la que consumado todo, El reinará, juzgará y elegirá. En momentos en que las autoridades religiosas y políticas se disponen a juzgarlo, El se declara juez de vivos y muertos, con derecho y poder para decidir la suerte final de los hombres por la actitud que éstos hayan observado respecto a El, lo que constituye una formal declaración de su divinidad.

Si el Evangelio planea siempre muy por encima de la elocuencia y de la literatura humana, bastaría este pasaje para caracterizarlo y para demostrar la sublime superioridad. Sin énfasis, sin epítetos, sin colores llamativos, Cristo describe la escena de la historia final en toda su majestad; le han bastado para eso unos cuantos toques magistralmente ejecutados, y que se han concretado en un dístico, maravilla de habilidad y de sencillez, conteniendo cielo y tierra, y exhibiendo aquellas perfecciones que pertenecen a las obras de Dios en rigurosa exclusividad. Si tal es la forma que excede toda ponderación, ¿cómo será y de qué calidad el fondo envuelto en tanta belleza? Pues, las líneas demarcatorias son rigurosas y claras, y no permiten ninguna duda, ni ninguna vacilación, al afirmar que Cristo es Juez, y que es el único; que tiene en sus manos todo poder, ya que su Padre lo delega integralmente para el desempeño de estas funciones soberanas.

Y en su calidad de Hijo del Hombre queda constituido Vicario General de Dios. Una vez en su trono, procede de inmediato a una categórica separación de lo que en este mundo andaba mezclado: del trigo y de la cizaña, de los Corderos y de los Chivos, de la pesca útil e inútil. En la instancia final no se aceptan confusiones del Bien y del Mal, de la Virtud y del Vicio.

Después de la opción última, hecha con pleno conocimiento y con total libertad, se abrirán las filas y se romperán los cuadros humanos, para colocarse cada cual en una postura definitiva de aceptación o de rechazo de Dios, y de todo lo que Dios implica. Dos inmensidades se le ofrecen, pues al hombre: la de la felicidad o la de la desesperación. Las dos inmensidades se replegarán sobre sí mismas al clausurarse la etapa del tiempo, arrastrando en pos de sí, y envolviendo con sus brazos a sus respectivos adherentes. Punto de partida y punto terminal del hombre se llaman eternidad. Y es por ella que esta vida humana nuestra, tan humilde y tan atormentada, adquiere su conformación sólida y trágica. No se trata pues de una aventura cualquiera sin permanencia futura. Somos responsables e inmortales. De nosotros depende el que seamos hijos de Dios o demonios.

El poderoso soplo del Espíritu biendará la mies trillada; y el trigo y la paja se congregarán en su correspondiente centro de condensación para la vida eterna o para la muerte eterna, sin posibilidad de otra alternativa. Como remate incomparable de esta exposición Cristo reduce los considerandos de la sentencia suprema a un solo elemento de juicio: la caridad obrada en atención a El. No hay en el Evangelio cosa más sublime que ésta: "Todo cuanto hubiéreis hecho por uno de estos hermanos, que son míos, por uno de los más pequeños, me lo habéis hecho a mí". El Dios escondido en el Hombre de Dolores se ha identificado por amor con todo aquel que sufre sobre la tierra. Habiéndose desposado con el sufrimiento, todos los que el dolor oprime son algo suyo. La consecuencia es clara: Vosotros mis fieles amad a todos los miserables como me amáis a mí; es la ley total y el supremo deber: es toda la religión. Esta conclusión en ninguna manera sacrifica la doctrina de la primera y más grande ley.

El amor de Dios es indispensable para el verdadero amor del prójimo. El primero y segundo mandamiento son semejantes, es decir, inseparables.

Son las dos caras de una única moneda. El amor al prójimo tan sólo ocupa el primer puesto en cuanto signo, demostrativo del amor a Dios.

De más está decir que sería contrario al espíritu del evangelio reducir esta caridad a las proporciones de una limosna material. Demasiada importancia le atribuye Cristo a cuanto atañe al alma, como para reducir a la ligera la noción de la fraternidad humana. La caridad que no llega hasta el alma no es caridad, y ella es la más bella de todas, sin comparación posible. Quienquiera posea una parcela de verdad debe compartirla con su hermano a ejemplo de Cristo, que demostró su caridad menos curando enfermos que entregando su Evangelio, su Vida, su Cuerpo y Sangre para alimento de todos los hombres.

Características y repercusiones de la situación actual

En el anterior número de "TEMAS" anunciamos el comienzo de la publicación del "DIRECTORIO CATEQUISTICO GENERAL", elaborado por la Sagrada Congregación del Clero, de la Santa Sede. Su texto fue aprobado por el Papa Pablo VI, quien el 18 de marzo del año pasado, ordenó su publicación. En el ejemplar anterior de "TEMAS", como una introducción al tema, incluimos un índice general del "Directorio" y reproducimos su Proemio. A partir de hoy nos adentramos, específicamente en el meollo del documento. Hoy publicamos su primera parte a una evaluación de la situación actual del mundo y sus obvias repercusiones en materia religiosa. Cabe reiterar que nos atenemos a la traducción al castellano del documento pontificio en latín, realizada por el P. José María Del Col S.D.B., editada por el Episcopado Argentino.

1. Como el propósito esencial de la Iglesia consiste en anunciar y promover la fe en la presente sociedad humana zarandeada por grandísimas mutaciones socio-culturales, conviene, de acuerdo a lo que sobre el particular expuso el Concilio Vaticano II, delinear algunos rasgos o características de la situación actual, indicando sus repercusiones espirituales y los nuevos cometidos que se ofrecen a la Iglesia. Con ello no se entiende agotar el argumento, que en las varias partes de la Iglesia presenta elementos singulares y a menudo muy diversos. Será tarea de los directorios nacionales completar estos lineamientos y aplicarlos a las circunstancias de cada nación o región.

SITUACION ACTUAL DEL MUNDO

Continua evolución del mundo actual

2. "Hoy el género humano se encuentra en una nueva etapa de su historia, en la que profundos y rápidos cambios se extienden gradualmente a todo el mundo... Así, ya podemos hablar de una verdadera transformación social y cultural, que repercute también en la vida religiosa" (GS, 4).

A manera de ejemplo, se pueden indicar dos repercusiones sobre la vida de fe que tocan más de cerca a la catequesis:

a) En tiempos pasados la tradición cultural era más favorable que hoy a la transmisión de la fe; en nuestros tiempos, en cambio, sufrió ella no pocas modificaciones, de manera que uno puede apoyarse cada vez menos en la continuidad de la cultura tradicional. Consiguientemente, para transmitir a las nuevas generaciones la misma fe se exige una evangelización renovada.

b) Se ha de advertir que la fe cristiana, para que eche raíces en todas las culturas que se van sucediendo, requiere interpretaciones y formas nuevas de expresión. Si bien las aspiraciones y postulados profundos que son propios de la naturaleza y condición humana, fundamentalmente permanecen idénticos, sin embargo, los hombres de nuestra época plantean nuevas cuestiones acerca del significado y valor de la vida.

Por cierto, los creyentes de hoy no son del todo semejantes a los creyentes de ayer. De ahí surge la necesidad de confirmar la perennidad de la fe, y también de proponer con formas renovadas el mensaje de la salvación.

Hoy en día también hay que tener presente la grandísima difusión de los medios de comunicación social, cuya eficacia trasciende los límites de las naciones y en cierto modo convierte a los individuos en ciudadanos del mundo (cf. IM, 22).

Tales medios ejercen un grandísimo influjo sobre la vida de los fieles cristianos, ya sea por lo que enseñan, ya sea por la mentalidad y pautas de conducta que crean en ellos. Es preciso, pues, tener en cuenta este fenómeno con la debida diligencia.

Pluralismo actual

3. "Por lo mismo, las comunidades locales tradicionales, como son las

familias patriarcales, los clanes, las tribus, las aldeas, los varios grupos, y las mismas relaciones de la convivencia social, experimentan día a día cambios más profundos" (GS, 6).

En las antiguas cristiandades se consideraba la religión casi como el principal factor de unidad entre los pueblos. Hoy la situación es diversa: la cohesión de los pueblos, que deriva del fenómeno de la democratización, promueve la concordia entre las diferentes familias espirituales; al así llamado "pluralismo", ya no se lo estima como un mal que debe ser desechado, sino como una realidad que ha de ser tomada en consideración; cualquiera puede hacer sus opciones, sin que por ello resulte o sea juzgado extraño a la sociedad.

Por lo tanto, aquellos que se dedican al ministerio de la palabra, no olviden nunca que la fe es una libre respuesta a la gracia de Dios revelante. Y más todavía que en épocas pasadas, propongan la buena noticia de Cristo en su índole admirable ya de clave misteriosa, por la que se explica la entera condición humana, ya de don gratuito de Dios que debe recibirse de la gracia celestial confesando la propia insuficiencia (cf. GS, 10).

Dinamismo de nuestro tiempo

4. La edificación de la ciudad humana, el desarrollo humano y la progresiva ejecución de los proyectos humanos, estimulan la solicitud de los hombres de nuestro tiempo (cf. GS, 4). La fe de ningún modo debe conducirse como ajena a este progreso de la humanidad, que, por otra parte, va unido incluso a graves desviaciones. Consiguientemente, el mensaje del evangelio debe analizar esta situación de hecho y hacer ver a los hombres el significado que ella encierra.

El ministerio de la palabra, gracias a una exploración cada vez más profunda de la vocación divina y humana del hombre, ha de permitir que el evangelio difunda sus gérmenes vitales de genuina libertad y progreso (cf. AG, 8, 12), y suscite el deseo de fomentar el adelanto de la persona humana y de luchar contra esa manera de actuar y pensar que favorece el fatalismo.

Con lo que se acaba de advertir, tan sólo se pretende manifestar cómo el actual ministerio de la palabra debe orientar su acción hacia este mundo: "... se requiere ahora de la Iglesia que inyecte la virtud perenne, vital, divina del Evangelio en las venas de la comunidad humana tal como se presenta hoy" (Juan XXIII, Const. Apost. *Humanae salutis*, AAS, 1962, p. 6).

Condición del sentido religioso

5. La civilización de tipo científico, técnico, industrial y urbano, no raramente aparta de las cosas divinas la atención de los hombres, y torna más difíciles las solicitudes de éstos acerca de lo religioso. Para no pocos, Dios es percibido como menos presente, menos necesario, y les parece menos válido para explicar los fenómenos de la vida tanto personal como social; por ello, se produce fácilmente la crisis religiosa (cf. GS, 5, 7).

La fe cristiana, lo mismo que las demás confesiones religiosas, experimenta tal crisis en sus seguidores. En consecuencia, deber urgente para ella es mostrar su verdadera naturaleza, por la que trasciende todo progreso cultural, y manifestar su novedad en las culturas secularizadas y desacralizadas.

A la tarea del ministerio de la palabra pertenece descubrir, librar de los elementos impuros y desarrollar los

verdaderos bienes que se encuentran en el patrimonio espiritual de esas culturas humanas, entre las cuales el sentido religioso todavía permanece vivo y vigoroso, impregnando íntimamente toda la existencia de la vida humana.

En otros tiempos los pareceres desviados y los errores acerca de la fe y conducta cristiana solían alcanzar a un número más bien reducido de individuos, y más que hoy en día quedaban circunscritos dentro de grupos de intelectuales. Pero ahora el progreso humano y los instrumentos de comunicación social hacen que estas maneras de pensar circulen con mayor celeridad y ejerzan un influjo cada vez más amplio sobre los fieles cristianos, especialmente jóvenes, quienes por ello sufren grandes riesgos y no raramente se sienten impulsados a adoptar formas de obrar y pensar contrarias a la religión. Esta situación reclama remedios pastorales verdaderamente apropiados.

SITUACION ACTUAL DE LA IGLESIA

Los rasgos peculiares que caracterizan la condición espiritual del mundo, interesan a la vida de la misma Iglesia.

Fe "tradicional"

6. La fe cristiana de muchos ha sido puesta en serio peligro en aquellos lugares donde parecía que la religión era demasiado indulgente con las prerrogativas de algunas clases sociales, o donde se apoyaba más de lo debido en antiguas costumbres y en la unánime profesión religiosa de la región.

Poco a poco las masas caen en el indiferentismo religioso o se hallan en peligro de perder la fe si ésta carece

del necesario dinamismo y de un eficaz influjo en la vida real. Más que conservar simplemente las costumbres religiosas tradicionales, es preciso ahora fomentar, además, una conveniente re-evangelización de los hombres, obtener su re-conversión, impartirles una más profunda y más madura educación en la fe.

Esto, sin embargo, no debe entenderse en absoluto de manera tal que se descuide la fe genuina que se guarda en las comunidades de cultura tradicionalmente cristiana, o que se menosprecie el sentido religioso popular. Tal sentido, no obstante el avance de la secularización, sigue fuerte en diversas partes de la Iglesia. Nadie lo puede descuidar, ya que por lo general la inmensa mayoría de la gente lo expresa de un modo sincero y auténtico en su vida ordinaria. Más aún, el sentido religioso popular constituye la ocasión o el comienzo para el anuncio de la fe. Se trata solamente, como es obvio, de purificarlo y de estimar con acierto sus elementos válidos, a fin de que nadie se contente con formas de acción pastoral que hoy se volvieron insuficientes, del todo inadecuadas y quizás incluso inoportunas.

Indiferentismo religioso y ateísmo

7. Muchos bautizados, de tal modo se han apartado de la religión, que profesan cierto indiferentismo o un casi ateísmo. "Muchos coetáneos nuestros no perciben en absoluto esta íntima y vital unión con Dios o explícitamente la rechazan, de suerte que el ateísmo debe ser enumerado entre los fenómenos más graves de nuestro tiempo y ha de ser sometido a un examen más diligente" (GS, 19).

El Concilio Vaticano II consideró con atención el problema (cf. GS, 19-20) y trató expresamente de los re-

medios a emplear: "El remedio contra el ateísmo debe esperarse tanto de la doctrina convenientemente expuesta, como de la conducta íntegra de la Iglesia y de sus miembros. A la Iglesia, en efecto, le corresponde hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado, renovándose y purificándose sin cesar bajo la guía del Espíritu Santo. Esto se obtiene principalmente con el testimonio de una fe viva y madura, es decir educada para ser capaz de discernir con lucidez las dificultades y de superarlas" (GS, 21).

Se dan también casos en que la fe cristiana se halla inficionada por cierta forma nueva de paganismo, aunque permanezcan todavía cierto sentido religioso y cierta fe en un Ente supremo. Puede ocurrir que la mentalidad religiosa esté lejos del influjo de la palabra de Dios y de la frecuencia de los sacramentos, pero reciba alimento de prácticas supersticiosas y mágicas; la vida moral puede retroceder hacia una ética pre-cristiana. En la religión cristiana se introducen a veces elementos que pertenecen al naturismo, al animismo, a la adivinación, y así en algunos lugares se puede caer en el sincretismo. Sucede también que se propaguen sectas religiosas que mezclan misterios cristianos con elementos de una antigüedad mítica.

En estos casos es donde más se requiere que el ministerio de la palabra, y en especial la evangelización y la catequesis, se renueven de acuerdo al Decreto *Ad Gentes divinitus*, nos. 13, 14, 21 y 22.

Fe y culturas diversas

8. No faltan fieles dotados de una más esmerada educación cristiana, quienes experimentan dificultades en lo relativo al modo de hablar acerca

de la fe, estimándolo o demasiado sujeto a fórmulas muy antiguas y obsoletas o demasiado atado a la cultura occidental. Los mismos, por consiguiente, buscan una nueva manera de expresar las verdades religiosas, que se ajuste a la actual situación humana, y que consienta a la fe irradiar su luz sobre las realidades que hoy apremian a los hombres, como asimismo que el evangelio pueda encarnarse en las diversas culturas. Por cierto, es deber de la Iglesia sopesar con la mayor consideración esta aspiración de los hombres.

Lo que en el Decreto *Ad Gentes divinitus* se indica para las iglesias de reciente fundación, vale también para todos los que se dedican al ministerio de la palabra: "... de las costumbres y tradiciones, de la sabiduría y doctrina, de las artes y disciplinas de sus pueblos, tomen todo aquello que puede contribuir a confesar la gloria del Creador, a ilustrar la gracia del Salvador y a ordenar adecuadamente la vida cristiana" (n. 22; cf.: n. 21; Pablo VI, Alocución del día 6 de agosto de 1969).

Por eso, "al presentar su Mensaje renovado, la catequesis debe manifestar la unidad del plan de Dios.

Sin caer en confusiones o en identificaciones simplistas, se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios, realizado en Cristo, y las aspiraciones del hombre; entre la historia de la salvación y la historia humana; entre la Iglesia, pueblo de Dios, y la experiencia del hombre, entre los dones y carismas sobrenaturales y los valores humanos" (Documentos Finales de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1968, VIII, 2, 1).

La obra de la renovación

9. En esta nueva situación, puede suceder que alguien piense que se ve trabado el ardor apostólico, que ahora la Iglesia trata de promover. No es lícito, por cierto, poner en tela de juicio el celo ni de los pastores ni de los fieles, que es realmente grande. Pero surgen impedimentos o de la falta demasiado extendida de una conveniente preparación para arros-trar los nuevos y arduos cometidos, o de cierta reflexión todavía imperfecta, que se expresa a veces mediante teorías que, en vez de favorecer, más bien obstaculizan la acción evangelizadora.

En atención a esto, el Sagrado Concilio Vaticano II multiplicó sus estímulos para la renovación del ministerio de la palabra en la Iglesia. Al parecer, esta renovación es puesta hoy en peligro especialmente:

— por aquellos que no alcanzan a ver la profundidad de la renovación propuesta, como si fuera cuestión solamente de quitar la ignorancia respecto de la doctrina a enseñar. El remedio, a su juicio, consistiría en volver más frecuente la enseñanza catequística. Con esta perspectiva, salta a la vista que el remedio resulta de todo punto inferior a las necesidades. Es preciso, en efecto, renovar íntimamente el enfoque catequético (*propositio catechetica*), y esta renovación no atañe tan sólo a la educación en la fe de los niños, sino también a la educación permanente de los adultos;

— por aquellos que se inclinan a reducir el mensaje evangélico a sus consecuencias en la existencia temporal de los hombres.

El Evangelio con su ley de amor exige, sí, que los fieles cristianos colaboren según sus fuerzas —desempeñando tareas y cargos seculares— en la instauración cada vez más plena de

la justicia y fraternidad entre los hombres. Esto, sin embargo, no basta en absoluto para testimoniar debidamente a Jesucristo, el Hijo de Dios y Salvador nuestro, cuyo misterio, que manifestó el inefable amor de Dios (cf. 1 Jn 4, 9), debe ser anunciado abierta e íntegramente a quienes han de ser evangelizados, y éstos lo han de aceptar.

La doctrina de la Constitución *Gaudium et spes* y de la Declaración *Dignitatis humanae* no es favorable a ningún "minimismo" cuando se trata de explicar el servicio directo de la fe mediante el ministerio de la palabra. Ambos documentos revelan la solicitud de que se aporten remedios a las situaciones arriba consignadas. Sea como fuere, la renovación en el ministerio de la palabra, especialmente en la catequesis, no puede separarse de la renovación pastoral en su conjunto.

Se han de llevar a feliz término medidas dinámicas y de la mayor trascendencia, tales como: promover la evolución de las modalidades estiladas en el ministerio de la palabra y suscitar otras nuevas; evangelizar y catequizar a los que poseen un nivel

cultural inferior: salir al encuentro de las clases cultas y proveer a sus exigencias; mejorar las formas tradicionales de la presencia cristiana y encontrar otras nuevas; utilizar todos los recursos de que dispone actualmente la Iglesia y a la vez evitar formas que resultarían menos conformes con el evangelio.

Para la realización de este cometido, la Iglesia coloca su esperanza en todos los miembros del pueblo de Dios. Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos —cada cual en la esfera de sus propias responsabilidades—, deben desempeñar su misión. Y, desde luego, tienen que desempeñarla teniendo en cuenta la situación del mundo que sacude profundamente la vida de fe.

A fin de proporcionar una ayuda eficaz a los obreros evangélicos, la renovación catequística debe valerse de los recursos que pueden aportar las ciencias sagradas, la teología, los estudios bíblicos, la reflexión pastoral y las ciencias humanas, como también los instrumentos con que hoy se divulgan las ideas y opiniones, particularmente los medios de comunicación social.

El mundo es un espejo en el cual tú mismo te reflejas. Si sonríes, él te sonríe; si le muestras un semblante desagradable, te pone mala cara.

Procura construir y no destruir. No mires los defectos en los demás sino las cualidades.

Busca las reformas que conviene hacer en lugar de detenerte a considerar las faltas cometidas.

Controla tus pensamientos. No los dejes a merced de la corriente. No pienses sino en lo que quieres pensar.

ORACION DE LA NOCHE

Señor, de nuevo ha transcurrido un día. Gracias por habérmelo concedido. Sin embargo, hoy no te he amado bastante. Me han absorbido el trabajo y los negocios y no he dirigido una sola mirada hacia ti. Es verdad que en definitiva, este trabajo es para tí, para todos aquellos que me has dado como hermanos. Es verdad que te lo había ofrecido esta mañana. De todos modos hubiera tenido que dirigirme a tí, varias veces al día, aunque sólo hubiera sido para pedirte más paciencia.

He seguido teniendo momentos de descorazonamiento, momentos de duda. Perdóname.

No he vencido por completo mis antipatías y he sido duro varias veces con los que trabajan a mi lado. Perdóname.

He protestado excesivamente y de manera estéril contra los políticos y el clero retrógrados. Perdóname.

He cedido varias veces al conformismo y no me he opuesto cuando hubiera debido hacerlo. Perdóname.

He pasado junto a pobres tipos sin apiadarme y he conducido imprudentemente en plena ciudad. Perdóname.

Hoy no he militado bastante. Perdóname.

Te doy gracias, Señor, de este día que me has concedido, de tu sol, de mi alojamiento, de mi alimento, de mis amigos y de la civilización.

Haz que me adormezca en tu amor y que no sucumba al pecado. Haz que mañana sea mejor.

(L. J. Lebret)

“Invoca a Dios como Dios, ama a Dios como Dios. Nada le es mejor. Deséalo a él mismo, aspira a él mismo... Si tú invocas a Dios como a Dios, estate tranquilo, serás escuchado”. (San Agustín).

Unidad Católica: La última Palabra es... Esperanza

Culminamos en este número la publicación de las conferencias de Henri de Lubac, cuya versión compilada en el libro titulado "La Iglesia en la Crisis Actual" hemos venido reproduciendo. Tras un agudo análisis de la situación de la Iglesia en la hora presente, el distinguido teólogo nos muestra, al final de su exposición, un camino de luz y de alegre y confiada esperanza.

La segunda condición fundamental es el amor y la preocupación por la unidad católica. Lo primero está estrechamente unido con lo segundo. El conocidísimo contraste que algunos se complacen todavía en nuestros días en poner de relieve, entre la Iglesia y el Evangelio es un tema fácil, porque es bien claro, hay que repetirlo, que en ninguna época, en ningún lugar, la Iglesia, en sus miembros, es plenamente fiel. El pecado, que reina en todas partes en el mundo, no la perdona, ni el pecado ni todas las demás manifestaciones de la debilidad humana. No por eso deja de ser un tema falaz. Porque es siempre verdad que la Iglesia nos transmite el Evangelio, y que hoy más que nunca nos insta, por sus voces más autorizadas, y con tanta pureza y vigor como pocas veces se ha visto, a una renovación auténticamente evangélica. Más aún, sea lo que sea de los casos particulares, es hoy más verdad que nunca que la crítica generalizada que ataca a la Iglesia, está ligada con un movimiento que se aparta del Evangelio. El encarnizamiento con el que se opone a las enseñanzas de sus jefes espirituales "la opinión pública mundial", no hace más que revelar de un modo evidente una disposición que en muchos otros casos podemos distinguir con toda facilidad.

No habría por que preocuparse demasiado con tales juicios si procediesen del exterior. Pero cuando dentro de la misma Iglesia todos creen que su misión es criticar a placer; cuando todos —¡qué apóstoles tan celosos!— quieren hacernos creer que están prestando un servicio a la Iglesia; cuando todos se amparan en su pretendida madurez, rechazan toda disciplina y se proponen refundir dogma y moral a su capricho; cuando el mismo teólogo se convierte en agitador; cuando imitando a ese "progresista" (—*proagôn*) de que habla San Juan, olvida la misión que constituye la única razón de ser de su autoridad, y se yergue como maestro supremo, que pregona su ciencia individual como norma de la fe, la Iglesia comienza a desintegrarse. Cuando el centro de la unidad es el blanco preferido de los ataques más apasionados, al creerse cada cristiano con derecho

a lanzar al sucesor de Pedro, ante el mundo entero, reproches altivos, la Iglesia, toda la Iglesia, queda herida en su corazón. Los que en el momento actual condescienden con tales excesos, no saben lo que hacen.

Sea cual sea el pretexto invocado, vuelven la espalda al Evangelio. Escandalizan, en el sentido riguroso de la palabra, a muchos de sus hermanos. Alientan, consciente o inconscientemente, la proliferación de grupúsculos cuyas pretensiones sectarias sólo rivalizan con su raquitismo espiritual. Insultan a todos los que todavía conservan algún sentido de las exigencias del nombre cristiano. Entristece a todos los hombres de corazón. En cuanto de ellos depende, arruinan a la Iglesia: porque una Iglesia en que se impusiese este desorden o en la que reinase esta anarquía, quedaría abocada a su perdición. Y entre tanto perdería su eficacia, su entusiasmo misionero, su espíritu ecuménico.

Permítasenos oponer un sencillo testimonio a estos desbordamientos anárquicos que nunca carecen de flamante fraseología para maquillarse.

Es el testimonio póstumo de una mujer de inteligencia superior, que pasó toda su vida al servicio de los pobres, en un ambiente incrédulo y hostil. Se han recogido después de su muerte, ocurrida en 1964, algunos breves escritos de Madeleine Delbrel. El lector puede aprender en ellos a reconocer lo que es una auténtica espiritualidad cristiana. Puede compararla a la pureza refinada de ciertas espiritualidades cerebrales, en nombre de las cuales se critica el cristianismo "vulgar", que ha sido el único cristianismo conocido por los Santos y por los cristianos corrientes hasta nuestros días. He aquí un extracto de una carta que Madeleine Delbrel escribía en 1952:

"He participado desde hace dieciocho años en la vida de una población no solamente sin fe, sino sin tradiciones cristianas; he estado ligada muy profundamente a lo que la Iglesia en Francia ha producido de "nova et vetera"; me he persuadido de que nuestra fidelidad exige un impulso misionero cada vez más ardiente al mismo tiempo que un enraizamiento cada vez más fuerte. Como consecuencia de todo esto deseé ir a Roma en nombre de todos nosotros... Para que fuese un acto de fe y nada más que un acto de fe, llegué a Roma por la mañana y fui directamente a la tumba de San Pedro...; allí permanecí todo el día y regresé a París por la tarde".

¡Admirable grandeza de este sencillo gesto! Es más eficaz para mantener la cohesión de la Iglesia que tantas otras actitudes contrarias para desintegrarla. Este sentido de la necesidad de la unidad católica está por otra parte más acá, o si se quiere, más allá de todas las discusiones que se pueden iniciar legítimamente, dentro de los límites de la institución divina y sin recurrir a los medios de presión, sobre el mejor medio de gobernar a la Iglesia en un momento dado, y vistas las circunstancias.

El teólogo no se sale de los límites de su especialidad profesional, al entregarse a esta tarea. Problemas, como suele decirse, de "estructuras", proyectos de "adaptación", importantes, ciertamente, pero no los más trascendentales; planes de reformas institucionales, de las que sería absurdo quererlo esperar todo y que por su misma naturaleza no nos darán una solución perfecta. Si no estuviesen situadas en un determinado contexto, al servicio de una renovación interior, nos enfrentaríamos únicamente con reformas tecnocráticas, nocivas, hasta en su mismo éxito aparente, a causa del espíritu que contribuirían a difundir.

Por otra parte, es muy fácil prodigar las pinceladas negras al pintar la realidad, cualquiera que ésta sea, para encontrar precisamente una fórmula refor-

mista de signo inverso. No es un teólogo "reaccionario", ni un "curialista" el que denunciaba recientemente la "grosera oposición", voceada aquí y allá, "entre una tendencia representada por la curia romana y una tendencia progresista", como si la primera fuese la causa de todos los males y la segunda, la anunciadora de un nuevo paraíso. Lo único que consigue esta mezcla de maniqueísmo y utopía es ocultar las realidades profundas y las tareas serias. Este fariseísmo desencadena fácilmente algunas pasiones, pero si tiene alguna eficacia, será sólo para destruir. Y nos damos cuenta de que después de tantos manifiestos, de tantas críticas y de tantas promesas, lo único que se perfila en el horizonte es una pálida ideología política o un vaporoso fantasma de sociedad dominada exclusivamente por lo "carismático".

No confundiremos con estos excesos o estas ignorancias, el esfuerzo de los que se interesan activamente, aunque alguno lo haga estrepitosamente, en las reformas posibles, sin depositar en ellas toda su confianza y sin olvidar las llamadas siempre urgentes del Evangelio. Para concluir, diremos que no se trata en absoluto de proscribir o de obstaculizar la investigación; muy al contrario, se trata de crearle el clima que debe permitir su desarrollo pacífico y fructuoso.

LA ULTIMA PALABRA: ESPERANZA

¿Cómo concluirá esta crisis que sacude actualmente al mundo? ¿A dónde nos llevará? ¿Será dar pruebas de demasiado optimismo o la juzgaremos demasiado olímpicamente desde las estrellas, si prevemos, finalmente, para nuestra especie un nuevo salto hacia adelante? Y si la observamos en sus repercusiones en el interior de la Iglesia, por muy lamentables que sean tantos síntomas, por muy dolorosos que sean tantos episodios, ¿no tenemos razones más sólidas todavía para esperar un final feliz? Quien dice crisis, dice a la vez ruptura de equilibrio, búsqueda de un nuevo equilibrio; mezcla inestable y discernimiento. ¿No se necesita tiempo para conseguir este nuevo equilibrio? ¿No es inevitable que se imponga finalmente la clarividencia después de haber disipado las nubes turbias? ¿Cuántos tanteos serán necesarios, cuántos experimentos inútiles, antes de que se encuentre el camino acertado!

Es igualmente prematuro predecir como serán los frutos del Concilio, cómo se le comprenderá, aceptará y explotará, en definitiva. La historia nos dice que profundos cataclismos religiosos siguieron a los Concilios precedentes, en circunstancias históricas muy distintas, es cierto. Se ha dicho muy frecuentemente que el Concilio no debía ser un punto de llegada, sino un punto de partida. Algunos han podido abusar de esta fórmula para buscar algo muy distinto de lo que el Concilio pretendía, y a veces para contradecirlo abiertamente, en nombre de un futuro y posible Concilio que debería confirmar y bendecir las peores divagaciones. Pero no por eso, esta fórmula deja de ser verdadera, si se quiere decir sencillamente que toda enseñanza, toda decisión importante tienen múltiples implicaciones que no se explicitarán sino muy lentamente; que no se podrá consolidar sin más las enseñanzas y las decisiones del pasado, ni habrá que pasar el tiempo indefinidamente en comentarlas. Las debemos aplicar; y sus aplicaciones más fieles, las que saben descubrir el espíritu en la letra, comportan siempre un amplio margen de riesgo.

Aquí pueden unirse fraternalmente los espíritus más preocupados por conservar íntegramente el tesoro de la Tradición Católica en una continuidad per-

fecta, y los espíritus más conscientes de las fuerzas vigorosas que, bajo la inspiración del Evangelio, nos impulsan siempre hacia adelante. Aquí podrán asociarse. Con tal de que unos y otros caigan en la cuenta de que su única salvación, la única unanimidad deseable ha de realizarse en una misma adhesión inquebrantable a la Iglesia viva, en cuyo seno cada uno debe desempeñar lealmente su misión. Con tal de que unos y otros sepan renunciar a polémicas inspiradas en el amor propio y en el espíritu partidista, cuyo resultado más claro sería reforzar y endurecer a aquel que tenemos como adversario, y desgarrar más aún al Cuerpo de Cristo. Los que, no siempre sin razón, se creen más clarividentes en tantos problemas planteados al pensamiento y a la acción cristiana, deben persuadirse de que ellos también pueden equivocarse, y de que hay una clarividencia, más preciosa todavía, y que les es tanto más necesaria: la clarividencia prometida a los humildes.

Algunos sufren hoy día la tentación de abrevarse copiosamente en las aguas de Meribá, esas aguas agrias y encenagadas de la "contestación"; aguas corrosivas que roen el espíritu, lo vacían hasta el nihilismo, si se entrega al morboso placer de saborearlas. Es posible que cuando se halla hartado de ellas hasta la náusea, sentirán una sed más ardiente de la Palabra de Dios, esta Palabra que resuena incesantemente en lo hondo del corazón. Es posible que un día descubran que se abre un campo ilimitado de investigación, no en el vagabundeo por eriales secos y amorfos, sino en el interior del Misterio de la Fe, celosamente custodiado por la Esposa de Cristo a través de todas las vicisitudes.

¡Cuántos continentes por explorar! ¡Cuántas iniciativas por poner en marcha! Y ¡qué ímpetu tan incoercible nos comunica el Espíritu!

¿Cómo terminará la crisis? Mientras dure el mundo, no hay por qué esperar un desenlace final definitivo. En cuanto a la tempestad que sopla actualmente, sería poco razonable pensar que pronto dejará de sacudir al pueblo cristiano. El que se aproxime a su fin, posiblemente no tendrá la felicidad de verla apaciguarse. No por eso dejará de entonar, en la alegría, su *Nunc dimittis*, porque aunque no espere contemplar con sus ojos carnales ni poseer en sus manos la salvación, se apoya sin embargo, en la Palabra infalible: "Felices los que no vieron, y han creído". Felices los que no vieron, y han esperado.

En cierto sentido, somos incompletos. Son todos los hombres reunidos los que forman la humanidad y, en Cristo, el Cuerpo místico. Tus límites son una invitación a la unión con todos los demás, en el amor.

"Donde no oye el hombre, oye Dios. Tu pensamiento es un grito hacia Dios". (San Agustín).

Lo desalentador no es elegir un ideal demasiado elevado, sino elegirlo demasiado vago porque ya no es entonces sino una idea incapaz de enseñarnos el camino para alcanzarlo.

Siempre adelante.

Vencer no es más que esperar de mí la victoria, después de haber hecho lo que podía.

Haz una vez en público tu deber y los demás harán diez veces el suyo en privado.

Nuestra época es para nosotros la más hermosa de cuantas han sido y de cuantas serán, puesto que es aquella en que podemos obrar.

Si pienso en el mañana, temo mi inconstancia.
Siento nacer en mi corazón, la tristeza, el tedio.
Pero acepto, oh, Dios mío, la prueba, el dolor,
Nada más que por hoy.

¡Cuánto valor y cuánta belleza tiene una vida llena, densa!
¡Cuán vacía es aún la mía! ¡Pronto, a la obra...!

La mayoría de los hombres viven en una perpetua prórroga, dejando para un mañana hipotético, cuya aurora se obstina en no brillar jamás, las reformas y las ejecuciones decisivas.

No es menester esperar para emprender, ni tener éxito para perseverar.

La Escuela, formadora cultural y moral de la juventud

Palabras del Papa a los fieles reunidos en la plaza de San Pedro para recitar el "Angelus", domingo día 8 de octubre.

La estación del otoño fija nuestra atención en la apertura del año escolar, y despierta nuestro interés por ese gran fenómeno humano y social: la enseñanza. Os invitamos a todos, hijos carísimos a enviar a todos nuestros centros escolares, mediante las alas de nuestra oración festiva, un saludo, una felicitación a esas colmenas de juventud, a esas palestras de estudio y de formación, a esos viveros de la sociedad del mañana. No queremos terciar en las discusiones que actualmente se enzarzan en torno a los problemas de la enseñanza, sino sólo observar y admirar por sí misma la institución escolar, orientada a la formación cultural y moral de la juventud.

También nosotros estamos directa y amorosamente obligado a ello por razón de nuestra misión; y por eso, queremos que nuestros centros católicos de enseñanza, expresión de libertad civil, de in-

tensidad pedagógica, de concepción cristiana de la vida, sepan cuánto los aprecia la Iglesia de Dios, y cuánto los alentamos y bendecimos.

Pero nuestra simpatía se dirige con no menor afecto a todos los centros de educación, dignos de este nombre. Vemos con gran interés el desarrollo que la enseñanza va tomando en la sociedad contemporánea; y observamos con enorme esperanza la convergencia, en armoniosa colaboración, de los factores con que debe contar la escuela: la familia, que recupera la conciencia de la prioridad de sus deberes y derechos respecto del órgano —la escuela— al cual delega el cumplimiento, en su nombre, de la instrucción y educación de los propios hijos; los maestros, que asumen la incomparable función de abrir a la emancipación personal, al saber, a la palabra, a la verdad, al deber, los corazones de los alum-

nos; y, luego, los alumnos, tercer factor, también él activo, los jóvenes, que mientras acusan la fatiga del estudio, deben pregonar aún más el gozo del pensamiento, de la amistad, de la comunidad entera.

¡Qué suerte, qué progreso, si estos tres componentes logran con

calor, con orden, con ahínco, construir a la par la escuela moderna!

A todos los centros escolares enviamos nuestro saludo de buen augurio en el nombre del Sumo Maestro de vida, Cristo Señor. María, trono de sabiduría, haga realidad nuestros deseos.

¡Ah, los enfermos! ¡Qué apóstoles irresistibles pueden ser ellos cuando ofrecen por un alma sus fiebres abrasadoras, sus fatigas aún más penosas, su aislamiento, su inacción forzosa, todo ese cortejo de males físicos y morales que acarrea, en pos de sí, la enfermedad! ¡De cuánto crédito gozan ante Jesús crucificado aquellos que tanto se le parecen, y qué consuelo, qué estímulo pueden hallar en el pensamiento de la poderosa eficacia de su paciencia!

El creador del universo espera la plegaria de un alma pequeña para salvar a muchas otras.

¡Cuántas veces he pensado que quizá deba todas las gracias que he recibido a las súplicas de algún alma pequeña que sólo conoceré en el Cielo!

Nuestros propósitos

Como el primer número de "Temas" se agotó rápidamente, y dado que en él fijábamos los propósitos de la revista y los motivos que nos movieron a editarla, muchas personas nos han hecho ver la conveniencia de reiterar —en números subsiguientes— los elementos más importantes del editorial de presentación, para que los nuevos lectores conozcan cabalmente las metas que persigue la publicación. Reiteramos entonces, parcialmente, nuestra "carta de presentación":

"Temas" es fruto de la inquietud de un grupo de católicos, inspirados únicamente en el deseo de aportar a la comunidad un nuevo elemento de provecho espiritual y una guía clara y permanente de la doctrina y las orientaciones emanadas de la Sede Pontificia.

Al acometer esta pequeña obra, en las convulsionadas horas que vivimos, abrigamos la esperanza de que ella, en alguna medida, pueda constituirse en una inyección de espiritualidad; de esa espiritualidad honda y verdadera que —según nuestra concepción cristiana, y por ende trascendente— debe ser el basamento insustituible de toda acción temporal.

Por eso, al hablar de espiritualidad, no estamos insinuando ningún tipo de evasión hacia un "angelismo" impropio que nos lleve a eludir los compromisos humanos, o que nos exima de las concretas responsabilidades de la acción.

Considerando de gran importancia todo cuanto pueda hacerse para estimular y reforzar la unidad en torno de los valores substanciales e impercederos de nuestra Fe común, anhelamos también que "Temas" pueda contribuir a disipar confusiones y a superar enconos y estériles radicalizaciones que desorientan y lastiman el espíritu de tantos cristianos. Ciertamente, tales esperanzas no se fundan en nuestra aportación personal —irremediablemente pobre y limitada— sino en la obra que el Espíritu quiera realizar a través de este humilde instrumento.

Quienes hemos encarado su publicación no exhibimos otra credencial que la de simples católicos; simples miembros del Pueblo de Dios, que es la Iglesia, inspirados en un ideal de amor y de servicio.

Adelantándonos a recelos y suspicacias, por desgracia bastante comunes hoy día, digamos que "Temas" no se enrola en los artificiosos bandos de "progresistas" o de "conservadores", calificaciones ambas con que muchos —con criterio apriorístico y a veces con sectaria puerilidad— pretenden encasillar a los cristianos. No creemos en esas divisiones tajantes, falsas e irreales en cuanto pretenden ser generalizaciones.

Pero sí sabemos que por encima de las divergencias naturales y aun de los prejuicios y las rencillas, que muestran con frecuencia una lamentable falta de madurez y de caridad, existen poderosos elementos comunes —vitales, esenciales— que nos unen a todos.

Hacia ellos apunta el sentido de esta publicación que abordamos con espíritu fraterno y abierto hacia todos.

LA DIRECCION